

Entrevista

Ángel Alcalá: “Todos los demócratas del mundo somos hijos de Seruet”

Juan Domínguez Lasierra

Del horror de la guerra a la universidad neoyorquina, una vida signada por la pasión de la tolerancia y la utopía de la libertad



San Petersburgo junio 2010

Ángel Alcalá, nuestro servetiano mayor, tiene una biografía digna de personajes legendarios. Sufrió como pocos los desastres y los horrores de la guerra en su infancia. El “hijo del boticario” tuvo que ver el asesinato, la muerte, de su abuela materna por unos jovenzanos anarquistas, el de su tío-abuelo paterno (fraile mercenario), el de su padre... Tras su paso por el seminario y los estudios teológicos en Roma, y breves años de ejercicio sacerdotal, inconforme con las ideas y usos tradicionales, decidió dar un cambio drástico en su vida: su paso a un nuevo espacio personal y profesional, no sin tribulaciones, la docencia en la Universidad de

Nueva York y la consecución de una destacadísima obra ensayística. Nació en Andorra (Teruel), el 2 de octubre de 1928, donde su padre era farmacéutico, y pequeño terrateniente, y tuvo seis hermanas, aunque no todas vivas simultáneamente. Ángel, único varón, fue como un “sándwich” (expresión suya) entre tres hermanas antes y tres después. Se considera un hijo espiritual de Seruet, apóstol y mártir de la tolerancia.

Andorra

— Siempre presumes de tus orígenes andorranos. ¿Cómo era la Andorra de tus primeros años?

— No es que presuma, es que

mis paisanos me obligan a presumir. Cuando dicen de mí que soy, simplemente, turolense, se enfadan, y yo también. Así que tengo que presumir de andorrano, y con mucho gusto. ¿Cómo era la Andorra de mi infancia? Una aldea agrícola de secano, rutinaria, de costumbres sencillas y patriarcales, pero ya muy politizada. No pasaba de los 3.000 habitantes, pero lo suficientemente estamentalizada para que se notara la división entre ricos —ricos de pueblo, no más— y pobres. Mi padre era farmacéutico y, pequeño terrateniente a golpe de ahorros de su abuelo, explotaba sus fincas personalmente con la ayuda de medieros a los que trataba paternal y



Ángel Alcalá a los 4 años



En 1948

generosamente. En la casona ni faltó ni sobró nada, pues éramos muchos, además de dos trabajadoras domésticas y una niñera que vivían con nosotros. Hasta en la escuela pública, que frecuenté hasta los diez años, se notaba cierta deferencia de los chicos y de los maestros conmigo, “el hijo del boticario”; estos me enseñaban mejor, pero me castigaban igual que a los demás por mi innata rebeldía y ganas de sobresalir, y a aquellos solía yo recompensarles tratándolos siempre con igual campechanía y llevándolos a merendar pan con chocolate al terminar la escuela de la tarde. Me lo han agradecido siempre, y hace unos años, en 2007, cuando me hicieron hijo predilecto del pueblo, aún me lo recordaba uno de aquellos queridos compañeros de la infancia.

Infancia

— Pero el “hijo del boticario” creció en malas fechas para lo que luego ha sido una de tus batallas, la tolerancia, representada por ti en la figura de Servet, una de tus grandes ocupaciones intelectuales...

— Mi infancia transcurrió sin sobresaltos para mí, por más que, chaval despierto y atento a mis circunstancias, aún no he olvidado la impresión que me causaron las furiosas campañas de la CEDA y del PSOE para las elecciones de 1934; ni el miedo con que mi padre, uno de los médicos y los curas, que luego mataron también, comentaban las persecuciones antirreligiosas de México; ni los desórdenes callejeros durante las procesiones semanasanteras de 1936, monaguillo yo, recibiendo pedradas adversas desde los tejados del trayecto; ni la gran hoguera en medio de la plaza, casi frente a mi casa, con los retablos e imágenes de la iglesia. Era la mía una familia “de derechas” y católica e incluso clerical, y ambos factores, además de mi innata angelicidad, signaron en gran parte mi destino.

— Lo signaron terriblemente...

— Todo empezó a cambiar con el asesinato de mi abuela materna,

madre de mi tío cura (años después párroco de Alcañiz y canónigo), por unos mozalbetes anarquistas en un pueblecito cercano a Belchite en agosto de 1935: los soltaron cuando meses después ganó el Frente Popular; y mucho más, con el de mi padre junto con mi tío-abuelo paterno, fraile mercedario, beatificado como mártir en marzo de 2014: a mi padre vinieron a buscarlo a casa unos anarquistas valencianos que iban camino del frente de Belchite, pero dirigidos por dos andorranos a los que, con un grupo de aldeanos como ellos, él y otros dos amigos, el 20 de julio del 36, habían salvado de fusilamiento inminente en las tapias del cementerio tras parapetarse contra un par de camiones de falangistas que subieron de Calanda y Alcañiz a tomar mi pueblo y otros para el Alzamiento, y ser vencidos por ellos.

— Estos hechos, en plena infancia, han tenido que marcarte muy poderosamente.

— Estos crímenes en carne propia, a mis menos de ocho años, empezaron a sacudir los cimientos de mi innata fe laica en la bondad humana, pero también los de mi fe religiosa en la bondad y justicia divinas, puestas a prueba en sus propios términos. Aquellas semillas tardaron en germinar hasta el sereno agnosticismo actual, es verdad. Todo a su tiempo. El día siguiente nos quitaron todo en la casa, el dinero, también las muchachas de servicio, una de las cuales me enseñó por entonces los cosquilleos del sexo aún infantil; la farmacia continuó funcionando como se pudo durante la guerra, sin ganancia, porque todo estaba colectivizado.

La guerra

— ¿Cómo transcurrió tu guerra?

— Andorra, cercano el frente, bullía de soldados, y mis hermanas mayores peligraban con solo salir a la calle: era yo el encargado de madrugar, ir varias veces por agua a la fuente con botijas y cántaras hasta

llenar los lavaderos y las tinajas, y hacer después cola a la puerta de la iglesia convertida en mercado de la comuna anarquista que en Andorra y en otros pueblos del Bajo Aragón se estableció. A las 9 en punto, el primero a la puerta de la escuela. Era yo el único hombre y el chico más listo, y había que demostrarlo. La pequeña batalla que en marzo de 1938, en el despliegue de Franco hacia el Mediterráneo, se libró para conquistar Andorra, tuvo lugar en torno a los mases del Saso y El Ventorrillo, donde poco después empezaría a hacerse famoso con sus jotas inigualables José Iranzo, “el pastor de Andorra”; escondidos en uno de ellos temblamos bajo bombardeos y pases de aviones durante unas horas treinta mujeres enlutadas y dos hombres, un abuelito y yo. Por un agujero que hice en las tapias de barro pude ver y oír las blasfemias de los soldados republicanos, muchos de ellos quedaron tendidos en los campos. Mi infancia es, pues, muchos recuerdos tristes, que se amontonan en mi memoria como una película en tinte color; pude superponerme a fuerza de voluntad, y a base de educación cristiana aprendí a perdonar, aunque la sangre no me haya permitido, eso nunca, olvidar la eterna cuestión de las raíces del mal.

Seminario

— Y después, el Seminario, que sería, en aquellos momentos, una especie de refugio. ¿O no?

— Pasé el curso 1938-39 preparándome para el examen de ingreso en el bachillerato y como interno en el Colegio del Salvador de los jesuitas de Zaragoza; pero se interpuso un amigo, monaguillo como yo, que había pasado un año en el improvisado seminario menor de Alcorisa: “¿para qué tan lejos?; vienes conmigo ahí, a doce kilómetros de casa, haces el bachillerato y luego, si quieres, sigues para cura”. La oposición de la familia fue total: “¿para qué más curas?, serías el cuarto y el apellido acabaría en ti, que los curas no se

casan”. Pero, tozudo, me encapriché. Desde septiembre del 39 fui un seminarista disciplinado, piadosillo, estudioso más que empollón, casi modélico. Como mi madre me había enseñado a solfear, se lo enseñé yo mismo a mis condiscípulos, y aprendí, solito, a teclear en un viejo *armónium*. Me di cuenta de que en casi todo se puede ser autodidacta. Pero luego recibí lecciones de piano del rector del seminario de Zaragoza, y ya siempre fui el organista de todos los seminarios por los que pasé. El piano sigue siendo mi “*pianum nostrum quotidianum da nobis hodie*”, sin el cual se me ahoga y seca el alma, si es que la tengo, quiero decir si es que tenemos, o el organismo que la sustituya.

— El Seminario sería para ti una gran escuela de formación humanista, como se ha demostrado en tu vida académica posterior...

— Pues te equivocas. Los profesores, menos en latín, fueron siempre pésimos, tanto allí como los posteriores de Filosofía y Teología en el seminario de Zaragoza: mudos sin el libro de texto, que se limitaban a comentar del modo más pedestre. Algo parecido observé en la recién restaurada Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia de Salamanca, donde me gradué a los veinte (la primera licenciatura otorgada), con la excepción de dos frailes dominicos y un jesuita, el P. Mauricio Iriarte, a quien ayudé a transcribir el diario espiritual del converso profesor kantiano de la Central, Manuel García Morente.

Lecturas

— ¿De dónde viene, pues, tu gran formación humanística?

— Como te he dicho, el estímulo ambiental para la lectura independiente era prácticamente nulo. Se leía, por supuesto, pero autores espirituales, manuales escolásticos, conservadores como don Marcelino o Jaime Balmes, comentaristas franceses o belgas (Mercier, algo del Maritain tomista, no del político).

Unamuno y Ortega eran simplemente vitandos. Las clases de literatura fueron siempre penosas: se hablaba de los autores, pero no se les leía. No obstante, me bastó escuchar su nombre para tomar buena nota de mis deudas con ellos. Rebelde y, por lo tanto, libre, hallé en la biblioteca que mi padre había dejado una vieja colección de clásicos que me engullí, hambriento, durante todo un verano de vacaciones, a mis quince años. No los entendí del todo, tan dispares además, pero empezaron a formar parte significativa de mi alimento intelectual: selecciones de Alfonso X el Sabio, *La Divina comedia*, *La Celestina*, el *Quijote*, unas comedias de Lope, la selección de mejores poesías de lengua española publicada por don Marcelino, *El paraíso perdido* de Milton, un tomo incomparable con *Werther*, *Fausto* y *Herman y Dorotea* de Goethe, y tres o cuatro *Episodios nacionales* de Galdós. Posteriormente tragué todo libro de historia, filosofía o literatura (novelas inglesas, francesas y americanas de intriga policiaca o acción aventurera) que cayera en mis manos, prestados algunos por médicos amigos en Alcañiz, donde mi tío era párroco desde 1943 y yo pasaba parte de mis vacaciones. En otoño de 1948 y a mis veinte, con motivo del centenario de la muerte de Balmes, asistí en Vich y Barcelona, ya licenciado, a un congreso internacional de Filosofía, en el que se falló un concurso sobre el tema obligado “Balmes y el anti-intelectualismo contemporáneo”, que ha quedado inédito. Me dieron el primer premio, cuyo lindo importe aproveché para conocer la vida no seminarística de Barcelona.

— Casi podemos decir que fuiste un autodidacta, que la semilla de la curiosidad estaba en ti, innata, que te formaste por tu propia curiosidad intelectual...

— Lo que fue es lo que fue.

— Y luego te expulsan de la carrera sacerdotal, pero sigues formándote en teología...

— Efectivamente, en junio de

1948 me habían expulsado de la carrera sacerdotal por osado, poco respetuoso con las ideas tradicionales y, ¡oh!, por haberle escrito una carta, que fue devuelta por dirección incorrecta, a una chica portuguesa a quien conocí en Coímbra ese verano, alabando su belleza. “A una señorita -me espetó el rector por todo argumento-, un seminarista o un sacerdote no le debe llamar guapa, sino simplemente especiosa” (¡!). Mi viejo arzobispo de Zaragoza, don Rigoberto, que me quiso siempre mucho, se moría de risa al repetirlo, y me autorizó a volver a la Pontificia de Salamanca a estudiar Teología, contra la voluntad de aquellos superiores nada ilustrados.

— **¿Era vocación o amor propio?**

— Me lo he preguntado muchas veces. No tengo una respuesta concluyente.

— **Y eso de emplear el premio en conocer la “vida no seminarística de Barcelona” debemos entender que te recorriste todos los museos y centros culturales...**

— Entiende lo que quieras, pero no te pases: museos, conciertos, cines, pero nada de mujeres.

— **Bueno. Y en otoño de 1949 das el salto a Roma.**

— Pero eso ya es harina de otro costal.

— **Pues vamos a él. Pero resume más, que esta entrevista va a ser infinita...**

Roma y sus consecuencias

— Habiendo marcado yo mismo el sentido de mi vida, la ida a Roma era normal, bajo el consejo y la dirección de mi tío el párroco de Alcañiz, que quizá aspiraba a contar en la familia al cabo de unos años con un clérigo de rango episcopal; las mitras solían fraguarse allí en la Universidad Gregoriana y en la que los jesuitas tenían en Comillas, frente al mar santanderino.

— **O sea, que ambiciosillo ya desde el principio... Y económicamente privilegiado...**

— Eso no es pecado. Dice San

Pablo: “Quien desea el episcopado, buena tarea desea”. De joven, uno solo aspira a servir donde a uno le pongan. Nunca disfruté de becas en la etapa de mis estudios eclesiológicos: la familia corría con mis cuantiosos gastos. Fui así el primero de los seminaristas zaragozanos que después de la guerra civil estudió en Roma, seguido a poco por compañeros tan queridos como Antero Hombría y otros, becarios diocesanos.

“ Si la filosofía no nos sirve de forma de vida resulta ser definitivamente inútil. ”

— **Y a tu aire, me da la impresión...**

— Puedo confesar, y confieso (con esta expresión ¿imito a alguien?), que siempre me ha placido caminar por libre; quizá la condición relativamente desahogada de mi familia me ha facilitado la independencia de ir “siguiendo mi camino” (¿qué impresión nos causó entonces el personaje aparentemente revolucionario, pero tan superficial, del curita neoyorquino representado por Bing Crosby!), de no tener que preocuparme, como otros, por “hacer carrera” para subir de nivel social y económico a padres y hermanos.

— **Y también cinéfilo...**

— Sí, más de un poco.

— **Y a Roma. ¿qué le tienes que agradecer?**

— Mucho. Cuatro años y medio en total estuve en Roma: los tres finales de los cuatro de Teología que se requieren, uno del doctorado en Filosofía y medio, ya en 1957, para el de Teología; si hubiera de simplificar, lo reduciría a dos aspectos básicos: el paulatino descubrimiento del derecho a la libertad - mía y de todos - para anegarme en una apertura intelectual sin temor a límite alguno, y el contacto directo, inmediato, con la estructura visible y mundana de la Iglesia, cuyo núcleo espiritual

aspiré a detectar, asimilar y difundir trascendiendo en lo posible ese caparazón de mero relumbré.

— **Dos asuntos peliagudos...**

— Solo al cabo de años, de muchas zozobras y de penosa e invisible lucha interior, que procuré velar, llegué a comprender que ambos son incompatibles.

— **¿Y “solo ante el peligro”, por seguir cinéfilamente?**

— Tuve la fortuna de convivir en el Colegio Español (el renacentista Palazzo Altemps, ahora museo de escultura) con excelentes discípulos, algunos de los cuales brillaron luego como escritores (Cabodevilla, Martín Desclazo, Montalvillo, Revuelta), dirigidos por un oscense de alta talla, José María Javierre. Fuimos mutuamente estímulo fraternal. Habitar Roma constituye continua vivencia en un mundo de maravillas.

— **¿Por ejemplo?**

— Dedicábamos la tarde de cada jueves a visitar un monumento, un templo, un museo, explicado para los demás por uno de nosotros que se lo había estudiado. Las ceremonias vaticanas, especialmente las presididas por el majestuoso Pío XII, asombraban por su fasto y su esplendor litúrgico. Un papa sabio, más santo de lo que lenguas leves propalaron, autoritario como respuesta vaticana a tiempos por doquier dictatoriales, calumniado por su presunto semi-nazismo. Fue durante varios años el modelo de mi ilusión sacerdotal, y no en vano le dediqué uno de mis primeros libros, *Medicina y moral en los discursos de Pío XII*, de 1959. Hablé con él en privado brevemente un par de veces y me bendijo (¿en vano?) cuando le conté el martirio de mi abuela, mi tío fraile y mi padre.

Una pregunta de Pío XII

Ángel Alcalá me dice que no se resiste a contar una anécdota (que no solo lo es, sino enormemente significativa) de su contacto con Pío XII.



Medalla al mérito cultural, DGA, 2003



Teruel, medalla San Jorge, 2005

— En mi libro muy posterior *Alcalá-Zamora y la agonía de la República* llamo “cardenal republicano” a Federico Tedeschini, amigo del papa Pacelli desde la infancia, nuncio en España durante la dictadura de Primo de Rivera, la República y parte de aquella guerra, defensor de la posibilista convivencia de la Iglesia con la República de 1931. Muchos años después Jiménez Asúa, presidente de las Cortes Constituyente en 1931, me contó en Buenos Aires sus reuniones secretas con él para tratar de entenderse en los artículos de reforma religiosa de la Constitución Tedeschini había logrado del papa que los españoles fuéramos sus acólitos cuando descendía a oficiar en San Pedro. Obtuve el privilegio de subir, en el ascensor que comunica la basílica con sus apartamentos, a buscarlo para una ceremonia, acetre e hisopo en mano, junto con el cardenal, un obispo y un sacristán; y el diálogo que escuché tras las cruces con agua bendita nunca se me borrará de la memoria. Eran no Santitá y Eminenza, sino Eugenio y Fredi, como cuando chicos. Bajando, le pregunté el papa por la difícil elección de superiora de unas monjas que el cardenal tenía encomendadas, y quiso saber si eran de vida activa o

contemplativa. Eran contemplativas. Y Pío XII, apiñando los dedos de la mano derecha y agitándola, como hacen los italianos en signo de incertidumbre, inquirió con gesto dubitativo: “¿E cosa contemplano?”.

— **Escándalo, extrañeza, asombro... ¿Cuál fue tu reacción?**

— No lo sé, un poco de todo. Lo conté en el Colegio Español y se me hizo prometer que no lo divulgara. He cumplido la promesa bastante bien. Nunca como aquel día accedí al paradójico enigma del misterio de la Iglesia, a esta curiosa mezcla de tradición, peculiar religiosidad, racionalización retórica de la divinidad, superstición postpagana, pompa pseudoimperial, ambición de poder, ansia de figura y representación, y por otra parte, sublime misión evangélica, pero que solo la sirven con sinceridad contados individuos casi siempre en discordancia con quienes se proclaman sus dirigentes. Nunca pude escapar de esta ambigüedad.

— **¿En serio?**

— De hecho, la pugna se fraguó a la vez, y a la vez se resolvió, tanto en mis estudios como en mi vida personal. Con la acostumbrada brillantez superé todos los obstáculos tanto espirituales como intelectua-

les. En cuanto a aquellos, mi propia conciencia era y ha sido siempre el último criterio, mas no opusieron celos, sino todo lo contrario, quienes ejercían mi control. 1952, marzo. Llegó el tiempo de la anual ordenación sacerdotal el día de San José de cada año. La de nuestro grupo se realizó en el Vaticano a cargo de Tedeschini precisamente, apadrinados por don Juan de Borbón y doña Mercedes, quienes por primera vez se veían con “el cardenal republicano”, a quien los monárquicos odiaban, como años más tarde me declaró el exministro de Franco, don Pedro Sáinz Rodríguez, uno de sus líderes en el exilio.

— **¿Un gran día?**

— Todo lo contrario. Los días precedentes, de retiro espiritual, alcancé el fondo de mi conciencia, intenté sincerarme con ella y mi presunta vocación, y estuve a punto de renunciar: no lo tenía claro, me abrumaba aunque me atraía, como a todo joven generoso, el deber y la misión del sacerdocio, pero mis dudas eran ya un clamor, no solo respecto al origen divino del cristianismo y de la Iglesia, sino al de Jesús como Cristo, a la veracidad o posibilidad intelectual de los grandes insoportables dogmas como Trini-

dad, Eucaristía, nacimiento virginal y otras historias. Tanto el director espiritual como el confesor me animaron aludiendo con menosprecio al juvenil y pasajero sarampión mental y a aquella parábola de las bodas en las que “todo estaba preparado”, como en mi Andorra para mi primera misa el 25 de marzo: iba a ser mayúsculo el escándalo para mi familia y el pueblo; todo pasará, y ya serás sacerdote y lo que Dios quiera. No recuerdo una noche de peor y más angustioso insomnio en toda mi vida. Bajo las luces de aquella mañana tan brillante anidaban las tinieblas de mis dudas. Las superé, pero a costa de anormal fiebre y, ya en la ceremonia, una epistaxis imparable, fruto de mi nerviosismo, que obligó al cardenal a paralizarla durante veinte minutos. Me animé al fin. Tu es *sacerdos in aeternum*.

— **Con muchas dudas.**

— Los obstáculos intelectuales pudieron ofrecer una barrera no por ellos mismos, sino por mi independencia doctrinal. Siempre he navegado en aguas revueltas o, si se quiere, fronterizas: ciencia y (presunta) revelación, razón y fe, certeza y duda, normas y libertad, autoridad e independencia. Si para tesina de licenciatura de Filosofía en Salamanca me había enfrascado en el estudio del proceso psicamental de la conversión de San Agustín con su base en el neoplatonismo, así para la de Teología en la Gregoriana, preocupado por un tema entonces muy debatido, me engolfé en el estudio bíblico del concepto “cuerpo místico” aplicado a la Iglesia. Mi conclusión resultó escandalosa para mi mentor, un sabio pero simple jesuita navarro; me acusó de heterodoxia ante el rector del Colegio, el cual llegó a consultar con mi viejo arzobispo de Zaragoza si procedía o no a autorizar mi ordenación. Mi doctrina era clara, pero osada para algunas mentes conservadoras: cuerpo místico e Iglesia no son términos sinónimos, contra lo que enseña la famosa encíclica de Pío XII; la Igle-

sia es una institución humana que agrupa a los bautizados en ella y según ella, pero el cuerpo místico - la comunidad de los salvables a los que alcanza la redención - abarca a todo hombre y mujer de buena voluntad de antes y después de Cristo que cumpla o haya cumplido los deberes que le dicta su conciencia. Equivalía a rechazar la obsoleta doctrina “fuera de la Iglesia no hay salvación”. En último término, equivalía también a postular la separación de las iglesias y de toda institución laica de organización social. Esto era y es reflejo de mi mentalidad liberal, que luego me costó no pocos sinsabores de parte de la clerigalla.

— **¿Y a qué te dedicaste después de tu ordenación?**

— Dediqué el curso 1952-53 a los cursos de doctorado en Filosofía. Esta facultad de la Gregoriana disponía de magníficos profesores, todos famosos jesuitas de los cinco continentes: Naber y Lorsch alemanes y Copleston inglés fueron mis mentores. Para la tesis preferí investigar sobre algún filósofo español que no fuera de la casta escolástica, aunque me atraía el renacentista Francisco Suárez, tan difamado por los dominicos, que en España detentaban gran poder. No hay muchos. ¿Ortega, Unamuno, las innovadoras teorías del gallego Amor Ruibal? Me incliné por algo nuevo, desconocido entonces en España: Jorge Santayana, madrileño trasplantado aún niño a Boston quien además, me enteré, vivía retirado en Roma desde hacía treinta años. Le visité, ya de 89, el 24 de junio, en su asilo al cuidado de unas monjas. Hace un par de años describí la inolvidable visita en una revista profesional. Murió en otoño de aquel mismo 1952. Para leerle tuve que aprender inglés, que avancé en una temporada en Londres. Me convencieron las ideas de lo que podría llamarse su naturalismo estético, materialismo integral pero capaz de crear símbolos con los que la imaginación humana interpreta en propia defensa los enigmas del

universo y de la vida. El carácter simbólico de las vivencias religiosas y de sus expresiones retóricas (¿hay más bella creación paradójica que la de un dios-hombre o la de una madre-virgen?, me dijo aquella tarde de mi visita) sustituía así la fijación estereotipada de formulaciones dogmáticas inamovibles. Una filosofía radicalmente escéptica, pero esencialmente cultural, con la consigna de que si la filosofía — disciplina de la mente y del corazón — no sirve para orientarse en el laberinto de la propia vida, si no nos sirve de forma de vida, resulta ser definitivamente inútil.

— **O sea, que mucho estudio pero poca vida pastoral.**

— Según cómo se mire. Iba a volver a Roma en septiembre de 1953, pero el viejo arzobispo tuvo otra idea: me ordenó quedarme en Alcalá de Henares como coadjutor de mi tío. No me quería cura intelectual, y menos aún cura obrero: estos estaban de moda en Francia, y no le gustó nada que dos veranos antes Eduardo Torra y yo asistiéramos en Bélgica a un mes de entrenamiento para serlo. Ese año en la entrañable ciudad bajoaragonesa fue el único en que me dediqué, con ilusión no exenta de dudas, a la actividad pastoral, iniciando a la vez mi tarea de profesor en un colegio local. El año siguiente se convocaron oposiciones a una cátedra de Filosofía en el seminario, y las gané. La desempeñé colaborando a la vez en la parroquia de San Felipe y encargado de algunas labores con los universitarios.

— **¿Y cuándo empiezas a profesar?**

— Hacia el fin del curso me nombraron profesor de Antropología Filosófica y Filosofía de las ciencias en la Pontificia de Salamanca. Residía como capellán en el Colegio Mayor de San Bartolomé, el más glorioso y antiguo, fundado a principios del siglo XV. Conviví allí con hombres luego tan importantes intelectual y políticamente como Antonio Tovar, Fernando Lázaro

Carreter, Enrique Tierno Galván, José Antón Oneca, Gustavo Bueno y otros. Y me asomé con ellos a otros modos de vida intelectual laica filosófica, literaria, en cuya comparación la que yo conocía y ejercía resultaba seca y enana. La Pontificia me parecía más retrógrada aún que cuando en ella estudié pocos años antes; y la educación que se impartía en los seminarios, inepta para ser “la sal de la tierra” en una España en transición inminente y en un mundo al fin, al fin, laicizado. Lo dije así en público en ceremonia oficial, a costa de mi cese fulminante, más que mi dimisión propia. Dos años, 1955-57, no aguanté más, y me volví a Zaragoza.

— **¿Y que pasó en Zaragoza?**

— Te cuento antes que, mientras tanto, había aprovechado varios veranos en Heidelberg y en Múnich, y defendido en Roma mi tesis doctoral: un hondo estudio, *La Iglesia: misterio y misión*, mi gran preocupación de siempre, que vio la luz en 1963 en la prestigiosa colección BAC (Biblioteca de Autores Cristianos). Superando la eclesiología apologética tradicional según la cual se puede incluso “demostrar” la existencia de Dios y verdad del cristianismo, y corrigiendo el concepto tomista de que la Iglesia es “sociedad perfecta”, propuse un concepto vivencial: ninguna religión es verdadera en el sentido de única valedera, y la validez de cada una dentro del universal cuerpo místico de Cristo se “muestra” por su lealtad a sus principios y la utilidad y eficacia ejemplar de santificación en cada generación humana. El libro iba a ser el segundo de una trilogía, el primero dedicado al origen de la religiosidad instintiva en todas las culturas y de las religiones hasta la canalización de los politeísmos en el monoteísmo judeo-cristiano-islámico: todas, una vez iniciadas, se han ido desarrollando desde dentro, y siguen siéndolo, pero mantienen los primos prejuicios ilógicos y prerracionales; el tercero, tras la crítica del racionalismo teológico tradicional,

se atrevería a señalar las reformas necesarias a la Iglesia católica y a las otras cristianas para hacerlas aceptables al mundo moderno. Solo algunas secciones de ellos han sido publicadas; otras esperan mayor elaboración antes de ver la luz, si es que venzo mi tendencia a la holganza.

— **Pues volvamos a Zaragoza...**

— El nuevo arzobispo Casimiro Morcillo me recibió con prevención, por mi fama de rebelde, pero poco a poco me fue otorgando su confianza. Ya al volver, me situó de capellán del Colegio Mayor Cerbuna, en plena sede universitaria, y completaba mis tareas enseñando Filosofía en el seminario y religión en el I. E. S. Goya. Fueron cinco años, 1957-62, de actividad frenética, de estudio, de redacción de libros y ensayos, de conferencias, de dirigir ejercicios espirituales y los llamados “cursillos de cristiandad”, etc.

“ En España no hay auténtica democracia, con los tres poderes confundidos, con un sistema electoral corrupto a base de listas cerradas, verdadero cáncer político del país. ”

— **¿Y cómo podías predicar una cosa y pensar, tal vez, otra cosa?**

— Durante estos años se fue incrementando la interna contradicción existencial en que el fondo de mi conciencia estaba sumido. Mi acción y mi predicación caminaban por una vía, y mis convicciones filosóficas y teológicas por otra, paralela, sin que llegaran a encontrarse; por el contrario, se distanciaban cada día más. Era un alma dividida, a pesar de todas las apariencias. No por ansias de racionalismo, sino de racionalidad, que no es lo mismo, de coherencia. Cierta día de enero de 1960 se nos ocurrió al gran Ángel Berna y a mí organizar un cursillo en

la Universidad en que se analizarían algunas de nuestras obsesiones reformistas. Lo titulamos “La cristiandad pide un concilio”: diez lecciones de repaso a los más tensos problemas de la Iglesia y del mundo. Recuerdo que yo me encargué de dos: “Ante el escándalo de la desunión de los cristianos”, y “La santidad laica, al margen de la Iglesia”. Ansiosamente asistieron varios centenares de catedráticos y alumnos. Días después Juan XXIII anunció el Concilio Vaticano II. No íbamos, pues, por caminos desviados.

— **Pero los “tuyos” quizá no pensaban igual...**

— Se anunció una canonjía y participé en las oposiciones. El tribunal mismo, compuesto en cuatro quintos de canónigos claramente adversos a mí, me declaró vencedor: no podía menos, pues demostré que el candidato oficial había plagiado toda su documentación. No obstante, a pesar de que presenté al arzobispo una carta en la que le advertía que su conciencia no podía permitirle obrar con injusticia y que yo actuaría en consecuencia, adjudicó la canonjía al plagiador, a quien luego nombró nada menos que su vicario general. Me repugnan las injusticias mucho más que las faltas de caridad. ¿Se puede predicar justicia cuando el predicador la incumple? No fue la puntilla que finiquitó mi crisis, pero no tengo inconveniente en confesar que pesó en ella bastante, pero no tanto como otros muchos factores. Tampoco hay que contar entre estos mi relativa falta de oración, ni mi relativa falta de castidad: no decidí poner punto final a mi pertenencia a la clerecía y a la Iglesia por imperativos de la bragueta, sino por los de la honestidad y de la cabeza.

— **Veo que esto es una confesión en toda regla. Te advierto que no soy cura y que no estamos en un confesonario. Y me tienes en ascuas... Resuelve de una vez.**

— En la primavera de 1962 conocí en el Cerbuna al consejero cultural de la embajada USA en Ma-

drid, quien habló de que las becas Fullbright ofrecían la posibilidad de continuar estudios en universidades norteamericanas. La solicité, me sometí a los exámenes oportunos, me la concedieron, y en septiembre volé a Nueva York, en cuya universidad iba a matricularme en cursos superiores de Filosofía. Llegué decidido a resolver mi crisis espiritual, pero nunca pensé que dar con la solución me costaría tanto sufrimiento y tanto tiempo. Solo podía lograrlo estableciendo distancias, pero el esfuerzo bien valió la pena. Fue el precio que tuve que hallar, al fin, la coherencia personal que desde hacía años buscaba.

— Al fin...

— Bueno, no tan rápido.

— Ya me parecía a mí...

Nueva York y la solución de la crisis

— Había solicitado de los administradores de la Fullbright que me llevaran a Harvard, ya que Santayana, que allí enseñó, le había legado su biblioteca, pero me asignaron a la Universidad de Nueva York bajo la supervisión de un antiguo discípulo y estudioso suyo, Milton Munitz. Al aterrizar allí el 10 de septiembre de 1962, no pude menos de pensar que en mi Andorra estaban en plenas fiestas patronales de San Macario.

— **Sé que eres un enamorado de Nueva York, pero deja tus elogios para tus memorias.**

— Solo te diré que a esa maravillosa ciudad se le podrían aplicar las célebres palabras que abren la *Metafísica* de Aristóteles: “Admirarse es el comienzo del filosofar”. Y que no dudaba yo que mis estudios y vivencias en ella me decidirían a encontrar al fin mi propio camino.

— **Háblame directamente de tu entrada en la Universidad**

— La Universidad de Nueva York, NYU, privada, fundada a mediados del siglo XIX, me fue desde el primer día una caja de sorpresas. Nada de formalismos en los profesores: si hacía calor, se quitaban

corbata y chaqueta; nada de peroratas magistrales en sus lecciones: diálogo espontáneo a base de las lecturas obligatorias. Un método nuevo. Como la beca me autorizaba a no pagar matrícula, me inscribí en cuantos *courses* (asignaturas) pude, y asistí como oyente a cuantos seminarios especializados me permitía el tiempo. Con el prestigiosísimo decano de Filosofía Sidney Hook (comunista en su juventud y becario de Stalin en Moscú, luego acérrimo crítico de toda pseudoizquierda), un seminario de filosofía política y otro de norteamericana: la escuela de Harvard y Columbia con John Dewey o William James, de quien leí por primera vez *Pragmatism y Varieties of religious experience*, que me impactó y sigo admirando; comprobé que minusvaloraba a Santayana. Con Munitz, relecturas de este y dos semestres sobre Kant leyendo en directo su *Crítica de la razón pura y de la razón práctica*. Con el británico Guthrie, análisis filosófico del lenguaje leyendo a Wittgenstein y sus epígonos de Cambridge y Viena. Con Paul Edwards, director de la mejor *Encyclopedia of Philosophy*, filosofía empírica con Hume a la cabeza y las entonces tan actuales doctrinas del neopositivismo lógico. Con Kai Nielsen, filosofía de la religión en todos sus aspectos, especialmente la británica de *New Theological Philosophy*, y así varios más. Toda una serie de platos fuertes, que nadie en la Gregoriana ni en Múnich, Salamanca, Madrid y menos en Zaragoza me había preparado para digerir. La digestión era cosa mía, asimilando de aquí y de allá hasta construirme mi propio ideario coherente. Y mucho cine, y conciertos y ópera en el recién construido Lincoln Center cerca del cual procuré vivir y vivo, y hacer nuevos amigos y amigas, ah, y asistir por curiosidad y por necesidad a los ritos semanales de todas las religiones posibles, desde anglicanos, luteranos o calvinistas a judíos, baptistas o mormones. Consideré que tal observación y participación directas

debían ser complemento concreto de mis estudios teóricos sobre ellas. Y mientras tanto —“apurar, cielos, pretendo”—, acabar de preparar para la imprenta mi libro *La Iglesia* que, si sistemáticamente constituye un repaso a su pretendida autoconciencia bíblico-teológica, en el fondo, y sin parecerlo, estaba siendo mi propio examen de conciencia comparativo.

— **¿Cuándo empezaste a profesar?**

— A comienzos de abril de 1963 el decano Hook me ofreció un puesto de ayudante para enseñar filosofía clásica greco-romana y escolástica, que era un vacío en su programa. Pero he aquí que por los mismos días topé en la calle por casualidad con la profesora de inglés de Brooklyn College (una de las secciones de otra Universidad, oficial, municipal: CUNY, City University of New York) que, siéndolo invitada en la Universidad de Zaragoza el año anterior, me había examinado para la beca. No me la habían confirmado, y me preocupaba cómo hallar algún trabajo para continuar en Nueva York mientras despejaba mi futuro, que es lo que me importaba. ¿Providencia, casualidad, destino? Le expresé tal deseo y me recomendó llamar al decano de la facultad de Lenguas y Literaturas Modernas de ese *College*), que andaba buscando un nativo español para cubrir una vacante en su departamento. Mis amigos y casi colegas Hook y Nielsen me autorizaron y casi recomendaron aceptar a pesar de todo, pues conocían de primera mano mis penosas zozobras; por supuesto, yo mismo ansiaba liberarme de ellas, y sabía mejor que nadie que sin perfecto dominio del inglés no me resultaría cómodo enseñar Filosofía.

— **¿No tuviste que opositar?**

— En USA no existen oposiciones al estilo de España. La vacante de una cátedra se anuncia en los medios profesionales; los candidatos envían su documentación y sus publicaciones; un tribunal las examina e invita a los finalistas a una



New York 1998, con Benzion Nethanyahu



Con M^a Elena y José A. Ferrer Benimeli

entrevista personal y acaso a dar una conferencia. Tal fue el método para mi nombramiento. Como tema elegí “Feminismo e innovación en las *Tres novelas ejemplares y un prólogo de Unamuno*”. Al terminar, me hicieron entrar al despacho del decano y firmar mi contrato, que habían preparado de antemano. Enseñando en ese *College* he pasado más de treinta años, sin intentar cambiarme a otro centro más prestigioso; ¿para qué?

Tragedia y estoicismo

— ¿Y qué pasaba a todo esto con tu crisis de conciencia, que no resolvemos, Ángel?

— Volví a España para las vacaciones de verano, pero sabiendo ya que USA era mi destino final. Por influjo de mis amigos se había convocado oposición a una canonjía cortada a mi medida, precisamente con temas de eclesiología, mi especialidad. Me negué a presentarme.

— ¿Cómo se lo tomaron?

— Aún recuerdo el torrente de lágrimas que me suscitaban sus insistencias en una reunión que nunca olvidaré, debidas también a la trepidación que me producía comparar su seguridad con mi incierto y secreto rumbo. Acababan de morir Juan XXIII y don Casimiro, el arzobispo,

momentos antes de salir para Roma, nadie sabe a qué sino quizá a esperar congraciarse con el nuevo papa (vivió y murió luego en Madrid frustrado por no haber “llegado” a cardinal), me convocó para convencerme, quizá arrepentido de su injusta conducta conmigo tres años antes; me recordó que los obispos habían dictaminado ya excomunión *ipso facto* a todo sacerdote que cruzara el Atlántico sin su permiso expreso. Le respondí que no me importaba en absoluto, y le confesé que no había celebrado misa ni asistido a ninguna desde mi llegada a Nueva York.

— Y tú, ¿cómo te sentías?

— Muy pocos entienden cuánto se sufre ante decisiones como la que yo estaba a punto de tomar: no es solo exilio, sino incomprensión y aun rechazo de la familia, de los amigos, del entorno social, de la Iglesia que para uno ha sido como otra madre. Y consiguientemente, soledad, un frente a todos, incluso frente al presunto Dios, sin que en absoluto aspirara uno, pobre chinchete, a desafiarlo; un solo ante el peligro, como en aquellas películas de Gary Cooper. Más que la noche anterior a mi ordenación sacerdotal, en Roma pasé muchas de angustioso insomnio o con sueños clásicos

como el de que uno se despeña con terror sin llegar a tocar fondo. El paso que debía dar significaba un cambio total, no solo de vida, sino de categorías mentales, de presupuestos, de principios, de valores, aunque los meramente racionales y laicos que lentamente iba descubriendo me parecían más fundados y admisibles, y ciertamente más universales al estilo kantiano, que los que hasta esos años habían dado sentido y base a mi vida. Cambiar todo eso fue un drama trágico, quizá simplemente una tragedia, por más que hubiera que vivirla sin perder, eso nunca, como los buenos estoicos y escépticos, el sentido del humor.

— El humor es una tabla de salvación, lo sé.

— Recuerdo que cierto día en que hablaba con Hook y Nielsen sobre todo esto les pregunté qué harían si, en la hipótesis de que naturalmente tenemos un alma inmortal y de que, naturalmente, hay un Dios que ha de juzgarnos, tuvieran que presentarse ante él, y el viejo e irónico Hook respondió con sorna: “Alcalá, me pondría de rodillas, cómo no, y extendiendo los brazos le diría, Señor, (¿cómo no llamarlo así!), en verdad en verdad sigues siendo incomprendible”.

Primera clase

— Entonces, ¿damos por resuelto lo de tu crisis?

— Más o menos... Estas cosas hay que tomárselas muy en serio.

— Ya me parecía a mí. Vayamos a tu experiencia docente neoyorquina...

— La mañana del primer día de comienzos del septiembre de 1963 en que crucé de Manhattan a Brooklyn para dar mi primera clase de español y de literatura me sentí tan libre como un pájaro y tan feliz como un colegial enamorado. Tenía un trabajo propio, podría ser independiente (bueno, relativamente, como todo) y tomar la decisión que llegado el momento estimara oportuna. Pero tardé tres años más en tomarla. Continué mi vida normal iniciada el año anterior y dediqué el mayor tiempo posible a exigentes lecturas de literatura, filosofía e historia. No solo había que preparar clases en materia que nunca había enseñado, lengua y literatura, aunque estaba licenciado en Letras por Madrid; también debía iniciarme en campos de investigación ajenos a mi preparación anterior, por eso tan exigente en la vida académica americana del *publish or perish*; pero mi vocación irresistible ha sido siempre la de aclararme de un modo muy personal los problemas teóricos que se me presentan en mi propio camino vital. Este talante explica la significativa dispersión que ha caracterizado mi muy heterogénea producción literaria. Por eso, más o menos profundamente inmerso en tareas de crítica literaria, nunca he perdido de vista ponerme al día respecto a lo que se publica sobre temas de mi personal interés, sobre todo de filosofía de la religión y de historia de las religiones. Creo que es Ramón J. Sender quien escribe, a propósito de sí mismo, que el que ha sido picado alguna vez por el mosquito de lo religioso no termina de curarse nunca. Y resulta paradójico que suelen ser los agnósticos quienes sienten tales picaduras, mucho más que los clérigos, que de ellas

hacen ostentosa profesión.

— Háblame de los libros y autores que te han acompañado en tu camino intelectual...

— Sería prolijo e innecesario referirme a algunos de los libros y autores que me ayudaron a limpiar mis telarañas mentales, por lo cual los omito. Añadiré, sin embargo, que aún conservo los ensayos que para cada una de las asignaturas de NYU escribí como examen parcial o final; almacenan polvo, pero son parte de mi testimonio y del proceso de purificación de mi conciencia. Y no omitiré que con don Casimiro, que había prologado mi libro sobre la Iglesia, entrecrucé seis o siete cartas mientras él asistía al Concilio en las que, ahondando en la novedad de algunos documentos que le había ayudado a preparar para su actuación en él, le insistía en que el único modo de hacer creíble a la Iglesia era, ¡es!, ser totalmente fiel a sus propias doctrinas y renunciar a su insistencia de presentarse como la única verdadera, lo cual supone un insulto a las demás, como si no procedieran con al menos igual sinceridad en el culto a su presunta verdad. Cada una debe hacerse creíble por sí misma y por la calidad de su oferta religiosa. Y eso yo le decía yo, quien andaba ya tan extraño a todas ellas.

Fundador de Universidad en Santo Domingo

— ¿Y cómo llegó aquella aventura en Santo Domingo?

— Quizá por esto que acabo de decir, y porque hasta el final luchó por retenerme, incluso con ciertas alusiones claras a que si volvía me esperaba, tan joven, una mitra de obispo auxiliar a su vera, don Casimiro me pagó un viaje a Madrid, ya él su arzobispo, para almorzar en el viejo caserón de su palacio e invitarme, de parte de la conferencia episcopal, a hacerme cargo de la fundación de una Universidad Católica en Santo Domingo, República Dominicana. Se lo había sugerido Eduardo Torra, que por allí andaba.

Lo acepté, pero a condición de que yo actuaría como profesor, no como cura. Lo aceptó y así se lo comunicó al arzobispo Octavio Beras, luego cardenal. Me ayudó el triunvirato civil de gobierno puesto por los militares al asumirlo tras la deposición del presidente Juan Bosch. Para retener mi puesto en Brooklyn College, me ayudaron también las autoridades académicas, de modo que pudiera pasar largos fines de semana y vacaciones trabajando en la bellísima isla. En muy breve tiempo redacté unas constituciones modernas y visionarias que dieron vida a aquel naciente centro de estudios que de momento llamamos IFI, Institutos de Formación Integral. En unas semanas fuimos formando lo básico: una biblioteca y un profesorado selecto de hombres y mujeres de varios países residentes allí, recabando colaboración de la sociedad si querían tener una universidad socialmente rentable, matriculando más de 700 alumnos en facultades de nivel intermedio que, al abrirse la Universidad Central, cerrada por continuas huelgas, no rivalizaran con ella: magisterio, secretariado, escuelas técnicas, enfermería, lenguas, etc. Montamos también un proyecto de alfabetización por radio tras repartir cientos de aparatos por barrios y bohíos.

— ¿Y si todo iba tan bien, por qué acabó?

— La venturosa aventura fue interrumpida por el estallido de la guerra civil el 25 de mayo de 1965. El día anterior, la mañana del Viernes Santo en que me disponía a volar para diez días de vacación y trabajo, alguien que nunca he podido identificar me llamó desde Santo Domingo y tras decir rápidamente “Sr. Alcalá, no venga, que va a haber revolución”, colgó. Lo cual me hizo, al fin, recapacitar: ¿qué hacía yo con este ir y venir?, ¿no estaba cayendo de nuevo en la trampa que desde hacía años estaba intentando rehuir?, ¿no era una engañifa actuar solo de intelectual activista sin permitir que

se mostrara el cura que andaba bajo el obligado uniforme allí mientras en Nueva York usaba la corbata?, ¿no seguía engañándome a mí mismo, dividido internamente, como siempre?

De posible obispo a ciudadano

— **Sigo viéndote enganchado a la Iglesia...**

— Pero un hecho muy concreto, despejará todos los lazos. Un par de años antes de lo que te cuento, había conocido, entre otras, a quien desde por entonces era mi novia secreta y hoy es mi mujer. No hubo sino prestar oídos a amigos y colegas y, sobre todo, a mi propia conciencia, que a gritos clamaba que diera coherencia a mi vida, la coherencia de aunar mis convicciones intelectuales, ya bien establecidas, con el aparato externo de mi conducta. Un soltero es un solitario, y le acecha el riesgo de convertirse en un lobo estepario, como el de la impactante novela de Herman Hesse de que es título. Por otra parte, dadas las circunstancias de mi familia, debía guardar el secreto, favorecido por la distancia. Y me dije que si la Iglesia, institución humana, es una congregación libre, una especie de club al que las personas se vinculan libremente (nunca he entendido, y años después me lo confirmaría Servet, la enorme corrupción de bautizar a bebés que no son libres), también libremente se puede dejar de pertenecer a ella sin contar con nadie. Nos casamos el 22 de diciembre de aquel 1965, por lo civil, por supuesto.

— **¿Qué reacciones provocó esa boda?**

— Ni mi familia de España, ni la curia diocesana, ni mis amigos de toda la vida supieron de momento nada. Si hacía cuatro años que no celebraba una ni iba a “oírla” (qué horrible expresión, “¡oír misa!”), que delata la falta común de religiosidad), era bastante prueba de que ya no era católico. Y si no rezaba a ningún dios, de que ya no era religioso. ¿Para qué más pruebas? ¿Para qué

seguir con la comedia? Tuvimos la primera de dos hijas exactamente un año después: o sea, nada de boda por penalti; siempre he menospreciado, casi despreciado, a los curas que se salen por ese motivo. Si tienen fe, ¿por qué no saben resistir las tentaciones? Hipócritas. ¿No les predicán eso a los demás? Tuve la debilidad de decírselo a algún amigo zaragozano que me traicionó, y el rumor alcanzó a mi familia.

“**Por la ley de acción-reacción, el ateísmo antirreligioso es contraproducente: las persecuciones producen mártires y nuevos y más fervientes adeptos.**”

— **¿Y como acogió la buena nueva?**

— La noche del 14 de agosto de 1967 mi madre, a quien visité por una fiesta familiar, se encerró conmigo y me obligó a decirle la verdad. “La verdad es a veces muy amarga”, pensé con Renan. Se lo confesé todo, disimulando mi parte de verdad tras las inmoralidades de los clérigos y su minúsculo evangelismo, de lo que habíamos hablado muchas veces, ella tan buena cristiana, dándome siempre la razón. Pero ¿y el escándalo público? Solo mucho después, cuando la noticia resultaba ya imparable, accedí a someterme al matrimonio sacramental. “¿Crees que todo esto es una comedia?”, me dijo mi tío; pues la familia te pide, para admitirte en ella, que representes conmigo el último acto: yo os casaré”. ¿Qué estupendo mi tío!

— **¿Y qué pasó con tus “superiores” eclesiásticos?**

— El día de Navidad de 1970, tras un intento fracasado con el tan cerrado de mollera pero buena persona nuevo arzobispo Cantero y Cuadrado (en las sacristías le llamaban “adoquín”), escribí desde

Nueva York directamente en latín y español al papa Pablo VI, a quien la BAC siete años antes —aún Monseñor Montini— le había enviado un ejemplar especialmente impreso de mi libro *La Iglesia*. Respondió en un par de semanas, dispensándome de todo, incluso del humillante juicio curial al que entonces sometían a los curas que, siempre o casi por motivos sexuales, querían volver al estado laical. Eludiré detalles, sobre todo el insultante encontronazo recíproco en la curia de Zaragoza con un canónigo, mi antecesor como capellán del Colegio Mayor Cerbuna. Mi tío nos casó, verano de 1971, en ceremonia privada igualmente vergonzosa, que no hace al caso contar, en un despacho del arzobispado de Madrid. Y de este modo, quien al parecer iba para obispo o algo más se quedó, y a mucha honra, de simple ciudadano. Años antes le dijo a mi tío un popular canónigo de Teruel que venía mucho por Alcañiz: “Rafael, te lo aseguro, tu sobrino terminará en punta”. El pobre se refería a las de la mitra, pero en el sentido más popular de la frase ha tenido toda la razón.

— **¿Y cuál es el sentido ese de “terminar en punta”?**

— Para mis feudos tierrabajinos, al menos, significa acabar de modo inesperado, o de modo afilado, hiriente, como la espada, frente a lo que acaba redondo, como si la redondez fuera el cúmulo de la perfección. Digo yo...

Cincuenta años de vida intelectual

— **Como esto es una entrevista, y no unas memorias, tendremos que ir acabando... Vamos, a grandes rasgos, si es posible, con algunas de tus investigaciones...**

— O sea, que quieres que te esboce el tinglado del zafarrancho intelectual en el que me he metido desde que llegué a Estados Unidos...

— **Es una buena forma de decirlo.**

— Pues por empezar por algo



2011, Premio San Toledano, con Yitzhak Nevon

te hablaré de un estudio de 1968 sobre Juan de Lucena, un humanista judeoconverso, embajador de Juan II y de los Reyes Católicos, autor de un entonces casi olvidado *Diálogo sobre la vida feliz*, que puse de moda en la investigación y me abrió al fecundo campo de los conversos; o el también innovador estudio, de 1976, sobre el sentido que hay que dar a la intención neopicúrea de *La Celestina*, de otro converso; y otro, de 2004, que intenta modernizar la lectura del *Quijote* entendiendo al hidalgo no como loco, sino como actor deliberado, aunque obseso, que decide parodiar teatralmente escenas caballerescas para satirizar la sociedad, sí, pero más para comprobar que el objeto de creación artística (en novela, en teatro, hoy en cine) se nos impone con mayor realidad que el material: un adelantado del surrealismo, o del realismo mágico; o de varios trabajos sobre la poesía y

el magisterio teológico de fray Luis de León, uno de mis grandes mitos ejemplarizantes, que culminaron en la fatigosa edición crítica de su proceso inquisitorial a base de los documentos originales (dos ediciones, 1991 y 2009).

Servet, hermano espiritual

— Aunque tenemos que dar un énfasis especial a tu obsesión servetiana...

— Dados mis antecedentes, no extrañará que incluso en mis trabajos literarios haya predominado mi querencia hacia temas fronterizos entre lo literario y lo teológico y religioso. Mi sesgo hacia autores heterodoxos, empezando por Servet, se inició ya de seminarista: cierta vez, al pasar en fila ante su estatua en la Plaza Paraíso de Zaragoza, se comentó que era menester rehuirlo, ¿no está en el infierno por ser hereje y librepensador? La frase picó

mi curiosidad desde entonces y de estudiante buscaba y subrayaba en los textos su nombre entre los negadores de la Trinidad. Mi dedicación a él, en quien pronto hallé como un hermano intelectual, estalló al leer una exitosa pero defectuosa biografía suya, de un médico valenciano, que primaba su figura de médico, en sí tan poco importante, y dedicaba un par de páginas erróneas y despectivas a menospreciar su teología.

— Que fue como clavarte una banderilla...

— Sí, de fuego. Reaccioné contra esa tradición rutinaria con un estudio crítico en *Revista de Occidente* (1972) en el que prometía saldar algún día "Nuestra deuda con Servet". Mi admiración hacia él granó cuando en Madrid convencimos al director de la FUE (Fundación Universitaria Española), don Pedro Sáinz Rodríguez, a programar una serie de monografías que contrastaran el

erudito pero partidista trato dado a los heterodoxos por Menéndez Pelayo, a quien él idolatraba; yo me encargaría de mi sabio y teólogo aragonés. Jesús Aguirre, aún no duque de Alba, me pidió traducir y poner al día para Taurus, en 1973, la exacta biografía *Servet, el hereje perseguido*, de mi viejo amigo profesor de Yale, Roland Bainton, y con una beca de la March dediqué un año sabático a preparar la primera traducción, ayudado por Luis Betés, y los estudios y centenares de notas que la acompañan, de la genial *Restitución del cristianismo* (1980) y otras obras servetianas. Los siete volúmenes de sus *Obras completas* no empezarán a aparecer, con buenos apoyos de las autoridades políticas y universitarias zaragozanas que siempre agradeceré, hasta 2003 con motivo de los 450 años de su asesinato en Ginebra a instancias de Calvino.

— **Tengo oído, y perdona la interrupción, que hasta escribiste el libreto de una ópera... servetiana.**

— Pues, sí. Un compositor residente en Madrid me pidió escribir el libreto para una ópera pensada como especial oferta cultural de la Expo de 2008, pero no la admitieron, no entiendo por qué. Empezó llamándose *El leño verde* en doble alusión a una misteriosa frase de Jesús camino de su muerte y al madero inmaduro y húmedo que Calvino mandó poner para más torturar a Servet en la hoguera; hoy se llama simplemente *Servet y Calvino*, a imitación de la de Schoenberg *Moisés y Aarón*, pero nuestra ópera sigue sin estrenarse.

— **¿Es que en Aragón no hay dinero oficial ni privado para airear sus temas, o falta interés en algunos?**

— Pues supongo que todo a la vez, o quizá no haya eso que llaman “voluntad política”...

— **Y lo de Servet te llevó a tus estudios sobre la Inquisición...**

— En 1980, el mismo don Pedro Sáinz Rodríguez me pidió hacerme cargo de la traducción y puesta al día de la magna *Historia de la Inquisición*

española del norteamericano Henry Charles Lea, la mejor todavía hasta hoy; no hacemos ya sino completarla. Tres enormes volúmenes.

— **Y en torno a estos dos ejes, la Inquisición y Servet, han girado muchas de tus investigaciones...**

— Son investigaciones complementarias, en las que me he enfrascado por voluntad propia o a petición ajena. Cuento entre estas especialmente la cotraducción de otra obra monumental, *Los orígenes de la Inquisición en la España del siglo XV*, de Benzion Netanyahu, padre del primer ministro de Israel y gran amigo durante cuarenta años, desde que nos conocimos en la Universidad Cornell donde me invitaron a dar una conferencia precisamente sobre Servet. Nunca profesor mío, pero uno de mis mejores maestros en temas históricos y religiosos en interminables charles en sus numerosos viajes de investigación a Nueva York. Tampoco omitiré los dos libros que edité, fruto de dos congresos internacionales que organicé en Nueva York, *Inquisición española y mentalidad inquisitorial* en 1983, y *Judíos, sefarditas, conversos: la expulsión de 1492 y sus consecuencias* en 1992, libros que son estimados como quizá los más completos y objetivos, por debidos a la bien estructurada colaboración de los mejores especialistas del mundo (publicados respectivamente por Ariel y Ámbito).

La libertad de conciencia

— **Tus estudios sobre Servet, al que los escolares conocíamos por su descubrimiento de la circulación menor de la sangre (o ese fue mi caso), demuestran que es un tema marginal en el pensamiento servetiano.**

— Respecto a Servet, hay que insistir en que su relativo descubrimiento (o al menos primera descripción escrita) de la circulación de la sangre, que durante siglos pasó por su aportación más importante, no tuvo absolutamente ninguna influencia en el progreso de la ciencia,

porque de la quema de la obra que lo trae, *Restitución*, solo quedaron tres ejemplares que no se dieron a conocer hasta siglos después; por el contrario, a él se debe la paternidad del derecho a la libertad de conciencia, a través de una notable cadena difusora de intrépidos y acertados rebeldes que pasando por Castellio, Sozzini, intelectuales polacos y holandeses como Spinoza o Voltaire, llega hasta Jefferson y las constituciones modernas. Hoy, en cierto sentido nada superficial, todos los demócratas del mundo somos hijos de Servet. Nunca Aragón y España insistirán lo bastante sobre esto, ni debería dejar de insistir en el Servet crítico radical de la Iglesia que clama por su perenne reforma, pero en los servetistas aragoneses falta coraje para atreverse a proclamarlo. He difundido estas ideas en numerosas conferencias, estudios y artículos complementarios.

Aragón

— **Y Aragón, ¿qué lugar ocupa en tus estudios y en tu corazón?**

— Voluntario aunque convenientemente exiliado en la ciudad más cosmopolita del mundo, y expuesto allí de corazón a todo viento de doctrina, he permanecido perennemente enraizado en mi Aragón tanto sentimental como culturalmente. Hay valores culturales nuestros que si no son aceptados por universales, como ya lo es, por ejemplo, Goya, se debe a nuestra desidia. Además de mi admirado Servet, eché la mirada sobre otras grandes figuras de Aragón que pudiera difundir desde mi atalaya de Nueva York. Dejando, por ejemplo, al rey Fernando, aunque me metí con él a propósito de haber introducido en nuestra tierra la Inquisición de Castilla en contra de nuestros fueros (en un librito de 1984 sobre S. Pedro Arbués, cuyo asesinato fue crimen religioso tanto como político), o a Gracián, ya conocido como objeto predilecto de los estudios de Aurora Egido, y ciertamente a Cajal, elegí a Sender.

Sender

— ¿Por qué Sender, por heterodoxo supongo, por su obsesión con el tema religioso?

— Comencé a cartearme con él siendo vicepresidente del Spanish Institute, institución privada con la que colaboré desde su fundación en 1970, donde entre otras muchas actividades inauguré una serie de tertulias literarias de gran aceptación y tres congresos internacionales solo en 1981: sobre las *Cantigas de Alfonso X el Sabio* en su sexto centenario, sobre Calderón en el tercero de su muerte, y en diciembre sobre la Constitución de la II República española en su cincuentenario, *An unfulfilled dream*, un sueño incumplido. Unos años antes había comprobado que había que contrarrestar de alguna manera el fracaso de los dos viajes de Sender a Aragón ya muy al final del franquismo.

— ¿Por qué hablas de fracaso?

— Los jóvenes que por entonces agitaban la culturilla local y aun nacional no se habían percatado del insólito viraje realizado por Sender en USA desde el anarquismo de su período revolucionario hasta un extraño y un tanto peregrino conservadurismo. Mucho tuvieron que ver en ello su manía persecutoria frente a los comunistas por su anti-comunismo visceral y la necesidad de disimular cuanto más mejor para no ser expulsado del país por posible estalinista. Los años de la Transición agigantaron la importancia del comunismo en muchas mentes de españoles descontentos de la ya caduca dictadura, especialmente por la fama del astuto e hipócrita Carrillo, y seguían creyendo que el Sender de *Siete domingos rojos* no había cambiado. Les habló él de un par de patrañas en las que, bastante chocho ya, estaba metido: su obsesión por la Atlántida y extrañas lecturas que luego le sirvieron para publicar *Ensayos sobre el infringingimiento cristiano*. Decidí, pues, lanzar desde el Spanish Institute la campaña para conseguirle el Nobel.

El Nobel para Sender

— No debió de ser fácil...

— Fue una tarea de enorme trabajo, pues sin ayuda de ningún tipo yo mismo escribí todas las cartas de petición de adhesión a docenas de universidades de todo el mundo, a municipios españoles, a revistas literarias, a particulares distinguidos. Le invitamos a “Dos días con Sender”, le trajimos de California a Nueva York y en el contexto de ese breve congreso sobre su obra el cónsul general de España leyó un breve texto redactado por José María Carrascal, a quien yo había nombrado miembro del comité cultural del Instituto junto con dos docenas de profesores universitarios. Yo mismo —no había otro— cargué con la responsabilidad de redactar en español e inglés la solicitud oficial al pertinente comité de la Academia Sueca y la entregué con un grueso expediente de peticiones al cónsul general de Suecia en Nueva York. Cuento todo esto en *Testigo, víctima, profeta: los trasmundos literarios de Ramón J. Sender* (2004), libro poco difundido por la torpeza difusora de su editor, quien me lo pidió a raíz de un congreso sobre Sender que tuvo lugar en Huesca. Constituye buen pórtico para estudiarlo, junto con su exhaustiva biografía por Jesús Vived, con la cual se complementa.

“ Mi vocación irresistible ha sido la de aclararme de modo personal los problemas teóricos que se me presentan en mi camino vital. ”

— Servet, Sender... Estableces algunos paralelismos..., en sus sombras.

— Son dos aragoneses ejemplares, cada uno en su órbita. Cuarenta años de fraterna sintonía con ellos no me ciegan ante sus figuras, sino que me descubren, efectivamente,

sus sombras. Es una lástima que Sender no se cortara la pluma los diez últimos años de su vida, durante los cuales el escritor se convirtió en mero escribidor compulsivo: casi nada de lo que escribió en ellos es valioso ni imperecedero. Y es lástima también que Servet, mucho más radical que Lutero y Calvino, abdicara de su propia dignidad y se humillara a vivir durante veinte hipócritas años como católico practicante viviendo con el arzobispo de Vienne para salvar el pellejo, siendo, aunque profundísimamente cristiano, el más integral hereje de todos los tiempos. Cada uno merece su pedestal, pero no otro.

Agnosticismo: libre al fin

— ¿Y por dónde transitan ahora, en la actualidad, tus convicciones religiosas?

— Insensiblemente me he metido de nuevo en asuntos que rozan el proceso que me ha llevado a confirmar el paso más decisivo de mi vida y a apoyar sobre muy firmes bases el estado actual de esas convicciones. ¿Habré de confesarme?, ¿hace falta? Ya dije antes que desde mi llegada a Nueva York — *free at last*, como dijo Martin Luther King en su más famoso discurso en Washington el verano de 1963— ni rezo en privado ni voy a ninguna iglesia. Mi agnosticismo se basa en muy fuertes baluartes intelectuales que se han ido fortaleciendo al correr de los años a base de lecturas y estudios que no es preciso detallar. Ello no quiere decir que no mantenga en alta estima la religión, las religiones, pero a condición de que una a una se hagan estimar. Al margen de la verdad que se arrogan y de los incalculables males que han solido infligir a la humanidad, en el más optimista de sus aspectos todas cumplen una importantísima función social, porque desde la más remota prehistoria, según lo que hasta ahora sabemos, son y siguen siendo una necesidad social. Por eso me atrevo a corregir a quienes en mi presencia se proclaman ateos: no se

puede negar lo que no se sabe si existe. La libertad de religión es un derecho humano elemental, pero lo es también el agnosticismo, con la diferencia, a favor del esencial liberalismo de este, de que a ningún agnóstico se le ocurre tratar de imponer sus convicciones: el respeto mutuo es su marca esencial. Además, por la ley de acción-reacción, el ateísmo antirreligioso es contraproducente: las persecuciones producen mártires y nuevos y más fervientes adeptos.

— **Ya sé que te gustaría argumentar el origen, la necesidad de las religiones, su implantación, pero resúmeme...**

— Pienso que en el fondo el viejo positivista Comte tenía razón con sus tres etapas de la historia humana: religiosa, filosófica y científica, sin proclamar otros dioses cuando se supera Dios, sin necesidad de divinizar nada sino en un sentido genérico, por ejemplo, cuando hablamos de un paisaje o una mujer o una música divinas. Y con la más absoluta humildad: no lo sé, no hay verdades trascendentes y la ciencia se encarga de ir aclarando las inmanentes. Me basta que nada humano me sea ajeno, que me sepa regir (y sin contar con una supuesta “gracia de Dios”) por la “regla de oro” que ya citó Jesús y en términos similares propuso Kant: “haz al otro lo que quieres que él te haga”, “obra de modo que tus actos puedan ser ejemplo para todos”. No la hay mejor como norma de conducta personal y social. Si a ella va unido el continuo ejercicio en la búsqueda de lo razonable y se suple la presunta “presencia de Dios” con la vivencia del arte, de la música, de la amistad, de la belleza, no hace falta más. Nada hay más absurdo que las enemistades personales y las guerras de todo tipo. ¿De dónde proceden todos los fanatismos? Y la muerte natural se recibe, y aun se espera, como natural final de la vida, con paz y sin miedo alguno. Un epicureísmo moderado, pues, dando sal y pimienta al agnosticismo. Creo que esto es también religiosidad, y muy profunda.

Fundamentalismos

— **Amplía eso de los fanatismos, que tan candentes están en estos momentos.**

— Las religiones como instituciones organizadas no pueden subsistir sin mitos y ritos que en fondo son usos supersticiosos de viejo origen y, en el catolicismo y anglicanismo y algunas religiones orientales, vistosas ceremonias que no mucho dicen a la personal religiosidad. Tras esta racha de fanatismo y fundamentalismos que estamos presenciando en todo el mundo, se irán transformando —y en gran parte ya lo son en muchísimos casos— en instituciones ceremoniales: bautizos, bodas, entierros, más solemnes y llamativos en los templos que en el registro civil o el tanatorio laico. Lo cual no significa, sino todo lo contrario, que haya que confundir religión y folclore, por eso mismo, porque lo cristiano está imbuido en nuestra cultura y nuestra educación, no hay ninguna razón para que deje de estarlo, porque es la nuestra, porque es la base de ella. Por eso, y por su rescoldo teológico, aunque me parezca iluso, me conmueven profundamente, y me precio en ello, el arte religioso y el canto gregoriano y la mayor parte de sus celebraciones y ceremonias: la procesión de las antorchas de mi Andorra, los tambores semanateros de mi Bajo Aragón, las iglesitas románicas, las luminosas góticas, la devoción pilarista, el vibrante himno a “nuestra” Virgen (uno de los más bellos y tajantes que jamás se han compuesto), y los villancicos, y la *Pasión según San Mateo* de Bach, y el *Réquiem* de Fauré o el “Cristo” de Velázquez...

— **Te conmueven, pero...**

— Pero que cualquier persona pensante y desinteresada, clérigo o feligrés ilustrado, se ponga la mano en el corazón: ¿de verdad creen mis andorranos que San Macario, un pobre anacoreta de Alejandría, es el patrón que hay o que había que invocar contra las hernias infantiles?, ¿de verdad creen los aragoneses que

la Virgen vino el 2 de enero del año 40 “en carne mortal a Zaragoza” y se asentó sobre ese pilar de un jardín romano de la ribera del Ebro o incluso lo trajeron los ángeles que la acompañaban, que ni tienen manos ni por espíritus que son pueden llevar peso?, ¿de verdad creen en su religión, cuando tan pocos viven habitualmente conforme a sus confesadas creencias?

— **A lo mejor, sí.**

— Muchos de los clérigos de hacia mitad del siglo pasado éramos ya posconciliares antes de que se convocara el Vaticano II. Con tantas falsas ilusiones quemadas y con tantas experiencias en la alforja es poco lo que esperamos que pueda lograr el papa Francisco, que tantas ilusiones nuevas ha despertado. Las reformas que para ser auténticas necesita su Iglesia son tantas y tan profundas hasta superar sus medievalismos y barroquismos que tendría que volver a empezar desde Belén, pero personalmente hace tiempo que pasé el punto de no retorno. Yo sueño que deje las fastuosas salas del vaticano como museo en el que vivieron los papas e instale sus oficinas en simples pisos modestos. Pero incluso estas son reformas que en inglés llaman “cosméticas”. Los eclesiásticos deben creer mucho más en la buena voluntad de las personas, de todas, de los hermanos homosexuales, de los divorciados, y en dar a las mujeres puestos de alto nivel en su organización, etc. Creo además, quizá también en esto adelantado a mis tiempos, que aunque parezca lo contrario, el tiempo de las religiones y su lastre de supersticiones está concluido. No así ese programa de laicismo no agresivo, tan ajeno al militante al ateísmo, ese programa de continuo enriquecimiento personal antes apuntado que, con políticos inteligentes, puede llegar a convertirse en programa colectivo de educación social.

La política

— **Pues es el momento de que hables de política, porque tuviste tu debilidad política...**

— Durante algunos años, y designado por un emisario de Aznar, fui presidente del PP en USA. Me interesó como medio de promover mayor bienestar para los españoles residentes en ese país, por ejemplo, obteniendo la doble ciudadanía (lo que se logró), ayudando a los padres a mantener la lengua y cultura españolas de sus hijos, seguros sociales y otras ventajas fácilmente transferibles cuando se vuelve a España, medios de intercomunicación como periódicos, radio, TV, etc. Me desilusioné cuando no percibí apenas otro interés que el voto, por lo cual, y ante la total falta de apoyo en un proyecto de construcción gratuita de un edificio que habría procurado inmensas ventajas sin gasto alguno estatal, renuncié.

— **¿Cómo ves la política española desde tu posición de lejano espectador?**

— Vista desde Nueva York, en su conjunto, da pena. Miro TVE todos los días, tanto los telediarios con locutores cuyo habla no es ni mucho menos ejemplar, como esas penosas, vergonzosas tertulias con personajillos vociferantes sabelotodo. Una sesión del Congreso o el Senado, en los que para un país de menos de cincuenta millones, como el Estado de Nueva York, sobran varios centenares, no suele superar el nivel de espectáculo de tira y daca. En España no hay auténtica democracia, con los tres poderes confundidos, con un sistema electoral corrupto a base de listas cerradas, verdadero cáncer político del país. España necesita cambiar de modo de ser, no solo de abusos sino de usos, como le recomendaba Ortega y Gasset, si es que quiere, y lo quiere a gritos, seguir gozando de lo que erróneamente se ha llamado Estado de bienestar y en el fondo solo es estado de beneficencia, que es la correcta traducción de *wellfare state*. Tal estado de bienandanza no es gratis; requiere un alto nivel de impuestos que los

españoles no parecen dispuestos a tolerar. La austeridad, cierto calvinismo puritano (con permiso de mi querido Servet) nos sería muy saludable receta.

— **Austeridad, puritanismo... me parece que esta receta gozaría de poca popularidad... Y llamar “estado de beneficencia” al “Estado de bienestar”, leit-motiv del progresismo, es ya de escándalo... Te van a declarar “persona non grata” hasta en tu pueblo.**

— En Andorra ya me perdonan todo. Ah, y eso que llamas progresismo no suele conducir al progreso.

Jubilación

— **Vale, vale. Y ahora, ya jubilado.**

— Me jubilé (aquí dirían retiré) en 1998, poco antes de mis 70. En mi Universidad no es mandataria la edad, y podría haber enseñado hasta ahora mismo; pero me hartaba el repetir casi lo mismo cada año, como tiene que hacer todo profesor por el bien de los alumnos, y preferí dedicarme en exclusiva a esos siete volúmenes de las *Obras* de Servet y a otros libros y proseguir mis investigaciones.

— **Por ejemplo...**

— Entre ellas, guiado por Bert Ehrman y otros, sobre transmisión y corrupciones de los textos bíblicos, y por Geza Vermes, sobre el judaísmo de Jesús y el sentido auténtico de su mensaje. También, y es lo último, a culminar dos viejos sueños, dos proyectos que empecé a acariciar hace años: por mi afición musical, el iniciado y continuado durante treinta, que acaba de aparecer en noviembre como *Música, pintura, poesía: Poemas a la música y a los músicos en la literatura europea*; y la novela histórica que aún es más reciente, este enero, *La Infanta y el Cardenal*, sobre los avatares de la vida de don Luis de Borbón y Farnesio, hermano menor de Carlos III, quien tuvo el valor de

dejar el cardenalato por deber de conciencia, y su casamiento con la guapa zaragozana María Teresa de Vallabriga, a quien todos conocemos como la Infanta, la del patio.

Vena novelística

— **Lo que te faltaba, la novela...**

— Descubrí mi posible vena novelística escribiendo uno de mis más bellos libros: *Vida y muerte del príncipe don Juan* (1999). Describiendo la triunfal entrada de “la esperanza de las Españas” hijo de los Reyes Católicos en Salamanca a principios de octubre de 1497, donde moriría cuatro días después, se me ocurrió entrever entre el gentío del trayecto a Celestina, la puta vieja que hablando a solas y “aldeando” salía de la rica casa de Melibea que, tras ser engatusada por ella, aparecía asomada al balcón. Ficción y realidad, ficción e historia, que es rescoldo de realidad ya ida. Siempre en mis escritos he atacado solo los temas que me han afectado personalmente, de modo que puedo decir que ninguno de los estudiados a lo largo de mi ya larga vida (Servet, Alcalá-Zamora, Sender, fray Luis, etc.) era un tema de interés meramente aséptico, académico, y a cada uno le he dado tratamiento y respuesta personales. En don Luis de Borbón vi desde que topé con él algo como un hipotético *alter ego*, de ahí mi cariño hacia él; pero envuelvo el recuento de sus glorias y sus penas en el contexto, por una parte, del problema político casi desconocido que se suscitó respecto a la sucesión de su cruel hermano Carlos III, pues según decreto de unas Cortes de 1713 solo podrían ser reyes de España los descendientes del primer Borbón, Felipe V, que hubieran nacido en ella, y Carlos IV nació en Nápoles; reyes debieron ser mi don Luis y nuestra María Teresa. Por otra parte, abundan

en esa novela recuerdos de mi querida Zaragoza, y no faltan algunos “guiños autobiográficos” convenientemente disimulados o fantaseados como hijos de ficción.

Aún aprendo

— ¿Cómo ve la vida un intelectual como tú a los casi...?

— No muy lejano ya de los noventa, el escepticismo propio de la vejez tiñe de nostalgia el camino recorrido, mas no le permito cegar

al ánimo la disposición para nuevos proyectos. Goya nos enseñó a seguir buscando, con aquel “Aún aprendo” de uno de sus últimos dibujos, apoyado en un bastón en cada mano, y en el horizonte unas nubes tras las que él sigue buscando el sol. En modestia y silencio, mientras mi hora llega, sigo preparando dos libros que quizá sean los finales. Uno ya tiene título, *Veinte mujeres, veinte siglos*, una sistematización de las que considero aportaciones

duraderas de cada siglo de la era cristiana para construir el mundo futuro, pero desde la perspectiva de las mujeres que las hicieron posibles, empezando por Magdalena. Otro aún no lo tiene; su tema no andará muy lejos del que han ido marcando estas declaraciones. *Nulla dies sine línea*. Quizá quien mejor me ha descrito fue Juan Antonio Gracia en una entrevista del periódico que titulaba “Alcalá o la pasión por la libertad”.

Bibliografía

Ensayista, editor, traductor, antólogo, novelista, además de su dedicación exhaustiva a la obra y el pensamiento de Miguel Servet del que es uno de sus máximos estudiosos, empeño de toda una vida que culmina en la edición crítica de las *Obras Completas* del heterodoxo aragonés, las publicaciones de Ángel Alcalá se han especializado en trabajos sobre textos sagrados, judíos, musulmanes, conversos, sefarditas, el pensamiento cristiano, la Inquisición, la mística, las heterodoxias, las herejías, etc. Figuras a las que ha dedicado una especial atención son Alfonso y Juan de Valdés, de los que ha sido editor de sus obras completas, San Agustín, Erasmo, Vives, Calvino, Melancton, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Santa Teresa, Loyola, Balmes, Arias Montano, sin olvidar a Unamuno, Ortega, Ramiro de Maeztu o Ramón J. Sender, y a figuras históricas como Cristóbal Colón o Niceto Alcalá-Zamora. *El Quijote* también ha sido objeto de sus análisis, con una lectura postromántica, así como *La Celestina*. Su fecundidad ensayística le ha llevado a frecuentar, además de la teología y la filosofía, la literatura, la historia o la teoría política, en revistas académicas de España, Alemania, Argentina, Brasil, Francia, Israel y USA. Y no contento con ello, ha abordado en estos últimos años la novela histórica con *La Infanta y el Cardenal*, (sobre el infante don Luis de Borbón y Farnesio en el ambiente cultural y político de la España del XVIII) o se ha dado el lujo de hacer una antología de poemas dedicados a la música y a los músicos en la literatura europea, presentada recientemente en Zaragoza. Tiene en preparación *Don Quijote como actor. Para una lectura radical e innovadora* y *Veinte mujeres, veinte siglos*. Está en posesión del premio Samuel Toledano (Jerusalén) por su obra *Los judeoconversos en la cultura y sociedad españolas* (Madrid, Trotta, 2011).

Títulos citados en el texto

Medicina y moral en los discursos de Pío XII, Taurus, 1959, uno de sus primeros libros.

La Iglesia: misterio y misión, BAC (Biblioteca de Autores Cristianos), 1963.

Restitución del Cristianismo, de Miguel Servet, [Vienne, Arnoullet, 1553], cotraductor del latín y editor, con Introducción, pp.7-114, notas e ilustraciones, Madrid: FUE, 1980. 817 pp.

Los orígenes de la Inquisición en la España del siglo XV, de Benzion Netanyahu, cotraducción, con Ciriaco Morón Arroyo, Random House, New York, 1995; Barcelona, Crítica, 1999, 1269 pp.

Vida y muerte del príncipe don Juan. Historia y literatura, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1999, con Jacobo Sanz Hermida, 373 pp. El autor lo considera uno de sus más bellos libros, con el que descubrió su vena novelística.

Miguel Servet. Obras Completas, trad. y ed., Zaragoza, PUZ, 2004-2006, 6 tomos.

Testigo, víctima, profeta: los trasmundos literarios de Ramón J. Sender, Madrid, Pliegos, 2004.

Alcalá-Zamora y la agonía de la República, Sevilla, Fundación Lara, 2002 y 2006.

Poemas a la música y a los músicos en la literatura europea, Madrid, Sial, 2014.

La Infanta y el Cardenal, La Esfera de los Libros, 2015, novela histórica.